

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

SEÑALES A-NUNCIADORAS

**PRECESIÓN DE LOS SIGNOS
DE LA HISTORIA**

III



SEÑALES A-NUNCIADORAS

PRECESIÓN DE LOS SIGNOS DE LA HISTORIA

Una pregunta esencial: ¿cuál es el signo de nuestro tiempo? -“Es el tiempo del fin de las revoluciones”, contesta Ortega y Gasset allá por los años 20. “Tiempo de transición”, escuchamos hoy, pero ¿transición a qué? ¿Tiempo de “fin de la historia” (Fukuyama), o “tiempo antes del fin” (Baudrillard: “antes de que no haya nada que decir”)?

¿En qué tiempo nos movemos,
vivimos y tenemos nuestro ser?

¿En el tiempo que nos señalan Einstein, Heidegger, Prigogine, o en el tiempo que nos marcan las empresas multinacionales, el FMI, los señores de la guerra, las bacterias y los virus del exterminio?

No pregunto por “el” tiempo, pregunto por “nuestro” tiempo; no pregunto por el tiempo del cosmos, el tiempo de la máquina, el tiempo de la materia, pregunto por el ‘tiempo del hombre’. Pero ¿qué es tiempo del hombre?

Ya no tenemos más tiempo.

Para descifrar la clave del tiempo del hombre ya no podemos agregar un eslabón más a la cadena del tiempo, porque el hombre ha sido despojado de su tiempo: mucha gente muere hoy antes de tiempo, dicho de otro modo: mueren antes de haber nacido. Muchos jóvenes, antes de consumir el tiempo del hombre, mueren de desesperanza: por falta de trabajo, por falta de sentido; las fuerzas de la vida, al no encontrar camino hacia arriba refluyen hacia abajo, a los abismos de la muerte del

alma. Muchos viejos, antes de consumir la sabiduría del anciano, mueren de soledad, de aislamiento, de penuria; mueren de “viejos” (antes de tiempo): por falta de hogar, por falta de función social. Muchos niños, antes de poder disponer de su tiempo-niño ya han sido condenados: a la basura, el HIV, al tráfico clandestino...

Pero, entonces ¿cuál es el signo de nuestro tiempo?

La clave no está en el fin del siglo ni en el comienzo del milenio. Más allá del tiempo cronológico, del tiempo cósmico de estrellas lejanas, del tiempo intrínseco de la materia viva, nosotros mismos venimos a ser conmovidos (en la frontera del tiempo) por una temporalidad de advenimiento. Más que de encuadrar el tiempo que estamos viviendo en alguna de las edades del mundo tipificadas en la Teogonía de Hesíodo, o de caracterizar la época según criterios de la filosofía de la historia, de lo que se trata es de acceder a este punto crítico de precesión de los acontecimientos donde adviene algo completamente nuevo. Este “advenir” no es un futuro en el sentido de expresar lo venidero, ya sea desde el presente cronológico o desde el ser metafísico; dicho de otro modo, no es ningún paso adelante con criterio historicista, progresista, evolucionista.

Cuando hoy nos preguntamos lo que acontece en esencia a nivel
histórico mundial
tenemos que reconocer que hemos llegado a una “frontera” donde ya no
tenemos más tiempo, punto crítico de

ruptura de simetría del tiempo histórico.

No es que a partir de este “punto” no haya más historia: la historia continúa, pero teñida de ilusión. Si podemos sobrevivir a esta catástrofe de “fin de la historia” llegamos a darnos cuenta de que en esa frontera cosmogónica donde el sol se oculta

acontece una “precesión de los signos de la historia”; algo nuevo ha nacido: es el **inicio** de un ciclo de vida enteramente **nuevo**. La comprensión de este **advenimiento** ya no se da por “**visio cognitionis**” sino por “visio comprehensionis” (siguiendo la terminología de Carlos A. Disandro en sus “Fuentes de la Cultura” (Ed. Struhart y Cia, 1986). Dicho en otros términos: el concepto cede aquí el paso al símbolo.

Acontecimiento **inicial**:

la onda **pro-fética**

cruza las aguas de la historia.

Este “acontecimiento inicial” (*Ereignis* en la terminología de Heidegger) queda oculto a los sensores del pensamiento: porque no pertenece al orden de la inteligencia ilustrada sino al misterio de la revelación (“Estaba en el mundo, pero el mundo no le conoció” Jn. 1: 10).

Como ayer, como siempre,

la sombra del antiguo Eón

oculta la señal A-nunciadora.

La ciencia moderna, en lo que se refiere a las leyes más generales, no proviene del “progreso” de la ciencia sino del A-lumbramiento de la inteligencia: “Una espléndida luz se hizo dentro mío”, exclama Einstein **antes** de que la teoría de la relatividad fuera confirmada por la ciencia experimental. Y cuando Heisenberg formula el principio de incertidumbre Einstein responde: “Dios no juega a los dados”. ¿Qué había ocurrido? La onda pro-fética (la palabra que es **antes** de la palabra) se reflejaba en las aguas de la antigua mente. ¿Sólo iluminación? -Algo más:

resonantia-Verbum.

Súbitamente, sin darnos mucha cuenta, en medio de la Noche, habíamos sido golpeados por un misterioso resplandor.

En-medio de la Noche,
místico A-lumbramiento de la humanidad.

Una luz invisible ha hecho irrupción en el alma del hombre y en la materia del mundo: creando un nuevo **medio**. No tenemos ojos para ver ni oídos para oír el **luminoso estruendo** de este nuevo **inicio**. La luz que ingresa es invisible (esto ya lo había advertido McLuhan refiriéndose a la irrupción del nuevo medio electrónico), pero precisamente esa “luz invisible” nos permite **ver**: nos permite des-cubrir el poder de la “Sombra”.

“Algo esencial se nos viene encima”, exclama Heidegger cuando intenta esclarecer el sentido de este “alumbramiento” que “recién-nacido se oculta” tras el velo de su propia “sombra”.

La Revelación no vino en la forma
que habíamos imaginado:
fuimos sorprendidos por una

Revelación Revelada.

Ya no preguntamos por el “ser” del Mensaje (pregunta metafísica) ni por el “sentido” de los acontecimientos (discurso filosófico-literario) sino que preguntamos por la “marca”, “huella” (“signatura inicial”) que dibuja la **resonantia-Verbum** en la materia del hombre. Y cuando podemos acceder (De Profundis) al desvelamiento de

este código simbólico llegamos a darnos cuenta de que:

el mensaje del nuevo signo del
tiempo no es ideológico
sino gen-ético.

Comenzamos a descubrir en nuestra propia materia, en nuestras propias moléculas de la vida, la **signatura** del Verbo: “mensaje vibratorio” que no sólo implica un cambio en el ritmo de los acontecimientos y la estructura del poder sino que pro-voca la “ruptura” de los patrones de significación que hasta ayer nomás sostenían la forma material y espiritual del hombre en el marco del tiempo del antiguo Eón: violencia sagrada del Verbo en las raíces del Árbol de la Vida.

La radiación pro-fética
se adelanta a la vanguardia política:

precesión de los signos de la historia.

Con la “lógica” y “metafísica” del conocimiento podemos a lo sumo, describir los efectos (consecuencias) de esta “precesión de los signos”, pero esas herramientas (instrumentos de la antigua fisiología) resultan insuficientes para acceder a la misteriosa “liturgia” de transfiguración del hombre. Dicho de otro modo: el pensamiento crítico puede describir las nuevas configuraciones del tiempo que modelan hoy la vida del hombre en la sociedad planetizada, pero no puede reconocer el **vínculo** sagrado (**resonantia-Verbum**) que “organiza” el propio tiempo histórico.

Digo que podemos “describir” las nuevas configuraciones del tiempo: las cosas han encontrado un medio de escape a la dialéctica del sentido, que las aburría... El universo no es dialéctica; está condenado a los extremos, no al equilibrio.

“Condenado al antagonismo radical no a la reconciliación ni a la síntesis”, dice Jean Baudrillard en sus “Estrategias fatales” (Anagrama, 1984, Pág. 5). Es la visión del mundo en tiempo de entropía histórica, de autonomía de los acontecimientos por pérdida de núcleo simbólico de sentido, de muerte del vínculo profético, de diáspora espiritual de la humanidad en el desierto de la cultura técnica. Es sólo “la mitad de la fórmula”, sólo “una” de las fases del gran ciclo cosmogónico que toca a su fin: la fase “condenada a los extremos” (en la lectura de Baudrillard); es la fase de la conciencia objetiva (predominio del “objeto”, mensaje de “salvación” por medio de la técnica). Aquí, en este cosmos “condenado a los extremos”, el hombre tropieza con su propia sombra. Sin embargo, desde **en-medio** de la Sombra nos sorprende un nuevo A-lumbramiento:

**ha vuelto a encenderse el fuego
en el corazón de la materia.**

Es el **Inicio** de algo completamente nuevo; el lenguaje resulta insuficiente para nombrar ese **Algo** que A-lumbra antes del amanecer: acontecimiento **inicial** de la era que comienza. “¡Qué terrible es este lugar!”, exclama Jacob al despertar de su sueño (Gen. 28: 17). No es algo que acontezca en el tiempo, sino el **impulso inicial** que genera el espacio sagrado (**templum**), gobierna el tiempo y con-figura (con el tiempo) la geometría orgánica de la vida:

“¡Qué terrible es este lugar!”

Este es el lugar que “marca” hoy el “principio-y-el fin” de las cosas. Es difícil sostenerse en este lugar de **transfiguración** de la historia: donde lo que “es” deja súbitamente de ser, y lo que fue vuelve a ser con otras vestiduras. Pero ¿por qué “terrible”? Porque este lugar ya no es templo-refugio, sino **theurgia- templum**. Y

Jacob llamó a este lugar Bethel: “casa de Dios y puerta de los cielos”. Pero ¿quién es este Jacob que hace aquí “voto”, promesa de alianza entre los bienes del hombre y la providencia divina y que más adelante, en el decurso de la historia sagrada, lucha con el ángel y cambiará de nombre? Hoy Jacob es la personificación de la conciencia profunda de la Humanidad que, al despertar de un sueño de milenios, recupera el sentimiento de niñez predestinada: que viene a sellar un nuevo “pacto” entre la Voz pro-fética que aletea sobre las aguas de la vida y el murmullo de voces de la historia por-venir:

Resonantia-Verbum.

¿Es una “onda”, una “partícula”, un nuevo “dios que viene”?

La física de altas energías nos da la respuesta: es ¡”algo que acontece”! ¿Es acaso un nuevo “signo” de la historia? -No: es señal de **precesión** de los signos de la historia; pero no es algo ajeno a la historia (aunque la historia pueda no reconocerlo).

Al despertar del sueño, la Humanidad
planetizada exclama con voz Uní-sona:

¡Qué terrible es este lugar!

Pre-sentimiento de ser prot-agonista sacrificial de un nuevo “pacto” del
Desierto.